

Parte tercera

LA IGLESIA DE CRISTO

Tras la muerte de Jesús se establece un nuevo origen y principio. Es el comienzo que se describe con la palabra «resurrección de Jesús de entre los muertos», con la palabra «Pascua» así como con el nuevo nombre de «Cristo» o «*Kyrios*, Señor», que es un título glorioso referido a Jesús: Jesús es el Cristo y el *Kyrios*.

También habría sido posible y razonable abordar el tema de la «Iglesia» partiendo de la nueva situación dada con la resurrección de Jesús de entre los muertos y, a la luz del Cristo resucitado, decir algo del Jesús terreno, de su mensaje y acción.

Por otra parte, también es posible y legítimo recorrer el camino a la inversa, yendo del Jesús terrestre al Cristo, que fue resucitado de entre los muertos. Es lo que se llama una cristología «desde abajo». Así lo han hecho los evangelios, pese a su perspectiva pospascual, y a una con ella. Es curioso y significativo a la vez que el Nuevo Testamento, en su forma actual, empiece con los Evangelios de Jesús, y que esos Evangelios hayan sido incorporados al canon, es decir, al testimonio normativo de la Iglesia acerca de Jesús, el Cristo. La comunidad de los fieles no se ha dado por satisfecha con el mensaje, con el *kerygma* de que Jesús, el crucificado, ha sido resucitado de entre los muertos; y que eso sea lo único importante. Ha puesto más bien el máximo interés en dar testimonio de Jesús que, a través del camino de su vida, a través de la muerte y resurrección, se convirtió en Cristo y *Kyrios*.

Si la resurrección de Jesús de entre los muertos representa algo nuevo en el sentido indicado de que Jesús es el Cristo, síguese lógicamente la temática a que nos hemos referido: la Iglesia de Cristo.

§ 50

LA RESURRECCIÓN (SUSCITACIÓN) DE JESÚS Y LA IGLESIA

La importancia de la resurrección

El mensaje, el acontecimiento y la palabra de la resurrección de entre los muertos¹, significan que Dios ha refrendado expresamente la acción prepascual de Jesús. De ahí que la resurrección sea también una nueva manera y confirmación de la *soberanía de Dios* que ha operado en Jesús, que se realiza mediante la resurrección en cuanto que aquí se ha dado la superación de la muerte, y se han instituido y creado un nuevo comienzo, un nuevo futuro del mundo y una nueva esperanza, y se ha echado el fundamento que da un nuevo rumbo a la historia y le señala una nueva meta. Se hace patente que el ser divino de Dios está en que hace vivir a los muertos. Ahora el reino de Dios tiene el rostro de Jesucristo (Schillebeeckx).

Por la resurrección de entre los muertos el *Jesús predicador se convierte en el Cristo predicado*.

Si la Iglesia es la comunidad de los creyentes, de aquellos que fundan su fe en Jesús, quiere decirse que esa fe no sólo está referida a Jesús por cuanto que, en virtud de su existencia radicalmente fundada en Dios, es «el jefe iniciador y consumidor de la fe» —como dice la carta a los Hebreos 12,2—, sino que la referencia de la fe se fundamenta en Jesús como Cristo, Señor y contenido de la misma fe. Con ello la fe es una fe cristiana en un sentido amplio. La comunidad de los fieles, que fundan su fe en Jesús, el Cristo, sólo es realmente posible por la pascua, porque sólo en el acontecimiento pascual culmina la esperanza de la fe referida a Jesús. En ese sentido la pascua tiene una relación especialísima con la comunidad de los creyentes que se llama Iglesia.

Ya hemos hablado extensamente de la transformación y conversión que se operó en los doce y en los discípulos por la resurrección de Jesús.

Hasta el *ser apóstol* recibe una dimensión nueva gracias a la pascua, pues que apóstol es ahora el testigo de la resurrección. Y es testigo de la resurrección quien lo es del Resucitado, y no sólo testigo presencial, de vista y oído, sino testigo por la palabra y la acción. De ahí que Pablo pueda llamarse a sí mismo apóstol. Quien es testigo de la resurrección y del Resucitado testimonia con ello que el señorío de Jesús no está limitado por poder alguno, ni siquiera el poder de la muerte. Se establece

1. Cf. las explicaciones a propósito de la revelación (libro segundo).

así el fundamento y el derecho a transmitir el mensaje de la vida y de la salvación como un mensaje para todos, para judíos y gentiles. De los mensajeros enviados al pueblo de las doce tribus sale el apóstol de Jesucristo como mensajero y testigo para todo el mundo. Los apóstoles se incorporan a la misión de Jesús: «Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (Jn 20,21). Las palabras del Resucitado: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,18s) constituyen la exacta correspondencia de la trayectoria misma de Jesús.

El encargo de bautizar

Entre las recomendaciones del Resucitado, tal como las refieren Marcos y Mateo, se encuentra la palabra sobre el *bautismo*: «El que creyere y se bautizare...» (Mc 16,17); «Bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19)².

Fuera de esos pasajes en los evangelios nunca se alude al bautismo como condición para el discipulado de Jesús ni para la comunión con él. El Jesús terrestre habla de conversión, fe y seguimiento. Personalmente Jesús no bautizaba, pero se hizo bautizar. Recibió el bautismo de Juan, que era signo de conversión y penitencia. Jesús quiso con ello entrar en comunión con los hombres y hacerse solidario con ellos. El bautismo en las palabras de recomendación del Resucitado tiene otro significado.

No es que desaparezca la exigencia de *fe y conversión* en modo alguno. Persiste en el enunciado de «el que creyere...» y «hacedlos a todos discípulos míos». Por otra parte, consta que la práctica del bautismo se dio desde el comienzo, y que no hubo cristianos no bautizados.

Así se describe de manera ejemplar en el denominado sermón de pentecostés de Pedro. Cuando los oyentes le preguntan «¿Qué debemos hacer?», él les da esta respuesta: «Convertíos, y que cada uno de vos-

2. Ver «Bautismo» en las obras de consulta y manuales de teología, en las exposiciones sobre teología del Nuevo Testamento y en los textos de teología dogmática y de historia de los dogmas. Además: O. Cullmann, *Die Tauflehre des Neuen Testaments*, Zurich 1948; R. Schnackenburg, *Das Heilsgeschehen bei der Taufe nach dem Apostel Paulus*, Munich 1950; H. Schneider, *Die Taufe im Neuen Testament*, Stuttgart 1952; B. Neunheuser, *Taufe und Firmung*, en *Handbuch der Dogmengeschichte* IV/2, Friburgo 1956; O. Kuss, *Der Römerbrief*, Ratisbona 1957/59, 307-381; versión castellana: *Cartas a los Romanos, a los Corintios y a los Gálatas*, Herder, Barcelona 1976; asimismo los comentarios a la carta a los Romanos de E. Käsemann, H. Schlier, U. Wilckens; G. Dellling, *Die Taufe im Neuen Testament*, Berlín 1963; K. Barth, *Kirchliche Dogmatik* IV/4: *Die Taufe als Begründung des christlichen Lebens*, Zurich 1967; E. Schlink, *Die Lehre von der Taufe*, Kassel 1969.

otros se bautice en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados» (Act 2,38). Y a modo de resumen se dice: «Los que aceptaron, pues, su palabra se bautizaron, y se agregaron aquel día (a su comunidad) como unas tres mil personas» (Act 2,41).

Ahora bien, *la praxis bautismal* ejercida desde el comienzo sólo puede explicarse viendo en ella el cumplimiento de la voluntad y encargo de Jesús, aunque históricamente no se pueda demostrar con precisión cuándo hizo ese encargo. El pasaje de Mateo «bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» no reproduce el tenor literal de las palabras de Jesús sino la formulación litúrgica del rito del bautismo en la comunidad de Mateo o son una reflexión dentro de cierto desarrollo.

Junto a esa fórmula existe, sobre todo en Pablo y en los Hechos de los Apóstoles, el bautismo en el nombre de Jesús.

Que en el Nuevo Testamento sólo se hable del bautismo después de los acontecimientos pascuales tiene su fundamento objetivo en el hecho de que el rito del bautismo presenta una relación con la muerte y la resurrección de Jesús. A quien recibe el bautismo se le otorga una comunión con el Crucificado y Resucitado así como con la vida que así se abre. El que es bautizado se une con Jesucristo.

Pablo ha meditado además de una manera profunda a propósito del rito del bautismo por inmersión, acerca del baño bautismal: «Pues, por medio del bautismo fuimos juntamente con él sepultados en su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva. Porque, si estamos injertados en él, por muerte semejante a la suya, también lo estaremos en su resurrección» (Rom 6,4s).

El *estar en Cristo*, definitorio de la comunidad de los creyentes, y que acontece en el acto de fe, se realiza en el plano de lo visible y simbólico: en el bautismo como un estar injertado en Cristo, al igual que en la cena del Señor se manifiesta como vida que procede del cuerpo de Cristo.

El bautismo es precisamente —así lo presenta la reflexión bíblica sobre el tema— el signo de la vida nueva, del «renacimiento», del nacimiento como hombre nuevo. El bautismo no se ha de entender como una divinización naturalista, sino cual comunicación de la vida que se le abre al hombre por Cristo.

El rechazo de cualquier representación mágica viene impuesto porque la fe es el supuesto y condición para recibir el bautismo, y porque además el don otorgado bajo el signo del bautismo no opera de forma mágica y automática, sino que se convierte en tarea permanente, en un imperativo: el bautizado tiene que llevar una nueva vida, tiene que «caminar en el espíritu».

«El bautismo —dice Lutero en el *Pequeño Catecismo*— no es simplemente agua, sino el agua explicada por la palabra de Dios y ligada a la palabra de Dios»³.

Sin la palabra de Dios el agua no es más que agua y no es bautismo, pero con la palabra divina es un bautismo, una agua de vida y un baño de regeneración.

El bautismo de agua significa que el hombre viejo debe morir en nosotros por la penitencia diaria, y a diario tiene que surgir un hombre nuevo, que vive en justicia para Dios⁴.

Visto así el bautismo, conduce como rito de iniciación a la comunidad de aquellos cuya fe se define por Jesucristo. En tanto que iniciación, el bautismo sólo puede conferirse una vez. Esa comunidad está unida por el bautismo de una manera especial con Jesucristo y se realiza por el bautismo como unidad en Cristo. Eso es lo que expresa Pablo en Gál 3,27 con una imagen que nos resulta un poco extraña: «Pues todos los que fuisteis bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois “uno” en Cristo Jesús.» Revestirse de Cristo como de una túnica significa entrar en una nueva situación y forma, que es precisamente la de ser cristiano. Designa el comienzo de la participación en el ser mismo de Cristo, que se realiza a la manera de «Cristo en mí». De lo cual derivan una nueva relación con la comunidad y una nueva forma de comunión. En la fórmula de Pablo: todos vosotros sois «uno» en Cristo y por el cuerpo de Cristo.

De esa conexión se sigue asimismo una nueva concepción del *bautismo de Jesús*. Los pasajes relativos al mismo —Mt 3,13-17; Lc 3,21; Jn 1,32-34— no son por su género literario relatos biográficos de una vivencia sobre el despertar, por ejemplo, de la conciencia mesiánica de Jesús o la descripción de una visión celeste; sino que constituyen un fragmento de la *catechesis bautismal*, que pretende exponer el significado del bautismo. En tal sentido existe de hecho una conexión entre el bautismo de Juan, recibido por Jesús, y la praxis bautismal existente desde el comienzo.

En el bautismo y su explicación como nuevo nacimiento, como vinculación con Jesús, como participación en su muerte y su resurrección se expresa de manera muy particular que el ser cristiano es una existencia que se recibe, que la recepción precede al obrar, que el don es el supuesto para cualquier tarea. (En reflexiones como éstas se fundan la posibilidad y la justificación del bautismo de los niños.)

3. *Bekenntnisschriften der evangelisch-lutherischen Kirche*, Gotinga ²1950, 515.

4. *Ibid.* 516.

§ 51

LA IGLESIA COMO OBRA DEL ESPÍRITU

Jesús y el Espíritu

La pascua es el fundamento existencial de la Iglesia, porque en ella se cumple aquello a lo que la fe se refiere: la persona, el camino y la obra de Jesús. A ese cumplimiento pertenece esencialmente —y ello es constitutivo para la Iglesia— *la venida del Espíritu*. Ese Espíritu, como Espíritu de Dios que es, constituye el principio de la vida creativa desde la constitución del mundo¹.

Según el testimonio del Nuevo Testamento, en Jesús estaba el Espíritu de Dios operando como fuerza y vida divina de un modo muy particular: inicialmente en la encarnación y de forma patente en el bautismo de Jesús. Las palabras y los actos de Jesús son manifestaciones del Espíritu de Dios; por ese Espíritu expulsa él el poder del maligno. Pero Jesús no está dominado por él cual si de un principio extraño se tratase, es él personalmente el portador del Espíritu de Dios. Por eso puede también transmitirlo y otorgarlo. Expresamente habla de ello el Evangelio de Juan cuando dice Jesús: «Yo os enviaré el Paráclito que viene del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre; él dará testimonio de mí» (Jn 15,26).

El cumplimiento de esa promesa tiene efecto después de la resurrección de Jesús de entre los muertos: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 22).

El Espíritu de Dios, como Espíritu vivificador y creativo, operó sobre todo en la *resurrección de Jesús* suscitándolo de entre los muertos. Así dice el comienzo de la carta a los Romanos: «Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por llamamiento divino, elegido para el evangelio de Dios que previamente había prometido, por medio de sus profetas, en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David

1. Es fundamental Y. Congar, *Der Heilige Geist*, Friburgo-Basilea-Viena 1983; versión castellana: *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983; ver asimismo: J.A. Möhler, *Die Einheit in der Kirche oder das Prinzip des Katholizismus*, edit. por J.R. Geiselmann, Colonia-Olten 1956; E. Schweizer, *Geist und Gemeinde im Neuen Testament*, Munich 1952; H. Mühlen, *Una mystica persona. Die Kirche als das Mysterium der heilsgeschichtlichen Identität des Heiligen Geistes in Christus und den Christen*, Munich-Paderborn-Viena 1964; H. Küng, *Die Kirche*, 181-244; versión castellana: *La Iglesia*, Herder, Barcelona 1970, 182-245; J. Moltmann, *Kirche in der Kraft des Geistes*, Munich 1975; versión castellana: *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978; W. Kasper-G. Sauter, *Kirche - Ort des Geistes*, Friburgo-Basilea-Viena 1976.

según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu santificador, a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor, por quien hemos recibido la gracia del apostolado...» (1,1-5).

El relato de pentecostés (Act 2) contiene algunos problemas en detalles particulares, pero en su conjunto quiere decir que el Espíritu de Dios les fue comunicado a los apóstoles y a quienes estaban reunidos con ellos como el don del tiempo salvífico definitivo, prometido por los profetas (Joel): «Se sintieron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas según que el Espíritu les concedía expresarse» (2,4). El efecto de esa comunicación del Espíritu se experimenta y puede reconocerse sobre todo en la palabra y en el testimonio de Pedro y de los apóstoles: «A Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que por él realizó Dios entre vosotros, como bien sabéis; a éste, entregado según el plan definido... vosotros, crucificándolo por manos de paganos, lo quitasteis de en medio; pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte, dado que no era posible que ella lo retuviera en su poder» (Act 2,22-24). «Elevado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado lo que vosotros estáis viendo y oyendo» (2,33). «Sepa, por tanto, con absoluta seguridad toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis» (2,36).

La correlación de Cristo y del Espíritu hay que verla, según *Pablo*, con tanta intensidad que cabe decir: «*El Señor es el Espíritu*, el *Kyrios* es el *Pneuma*» (2Cor 3,17)². Por el Espíritu de Dios, el que ha sido suscitado y resucitado se experimentará como una presencia viva y como una realidad poderosa por encima de la distancia de los tiempos y de los límites del espacio. Se opera así, gracias al Espíritu, una nueva pertenencia de los cristianos a Cristo.

La importancia del Espíritu de Jesús para sus discípulos la expone el *Evangelio de Juan* en los denominados discursos del Paráclito (Jn 14)³.

El Espíritu, por el que Cristo quiere permanecer junto a los suyos como *asistencia* (*paráclito*), mantendrá el recuerdo de Jesús, dará testimonio de él, introducirá en la verdad y rebatirá al mundo. El Espíritu es el fiador de que «los suyos» permanecen en la verdad.

2. J. Hermann, *Kyrios und Pneuma*, Munich 1961.

3. H. Schlier, *Zum Begriff des Geistes nach dem Johannesevangelium*, en *Besinnung auf das Neue Testament*, Friburgo-Basilea-Viena 1964, 264-271; R. Schnackenburg, *El Paráclito y las sentencias sobre él*, en *El Evangelio según san Juan III*, Barcelona 1980, 177-195.

La verdad⁴, que va ligada al Espíritu en tanto que Espíritu de verdad, no ha de entenderse como una verdad objetiva, sino como designación de la fidelidad de Dios, que ha culminado en el acontecimiento de Jesús (según Jn 14,6: «Yo soy la verdad»). Se hace así patente y se manifiesta en la palabra la realidad de Dios y del hombre. Al mismo tiempo el concepto joánico de «verdad» incluye no sólo conocerla sino también hacerla, obrarla. Existe, en consecuencia, un criterio —aunque no único— para detectar la presencia y acción de ese Espíritu, *un criterio para el discernimiento de los espíritus*. Y está —cerrando el círculo— en la afirmación referida a Jesús, el Cristo: «Conoced en esto el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesús es Cristo venido en carne, es de Dios. Y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios, sino que ése es del anticristo» (1Jn 4,2s; cf. 1Cor 12,2). La confesión de Jesús como Cristo es el criterio para el discernimiento del espíritu y de los espíritus. Ese Espíritu, el Espíritu de Jesús, el Espíritu que él envía, su don y eficacia tienen que permanecer, definir, vivificar y caracterizar la existencia de aquellos a los que el Cristo joánico llama «los suyos»: como comunidad de los que le pertenecen, que es un nuevo nombre de la comunidad de los creyentes, de la Iglesia.

Efectos del Espíritu

De ellos sobre todo Pablo, como frutos del Espíritu en la vida del cristiano (Gál 5,22), entre ellos menciona paz, gozo, amor, paciencia, benignidad, fidelidad y, sobre todo, libertad. La libertad es para él el compendio de la existencia cristiana: «Donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2Cor 3,17). Libertad es para Pablo la liberación de las múltiples servidumbres frente al mundo y a todo cuanto en el mundo tiene poder. Libertad es también la capacitación para una vida en Cristo y por el Espíritu⁵.

Pablo habla de que el Espíritu de Dios habita en el cristiano: «Porque todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios éstos son hijos suyos. Y vosotros no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os lleve de nuevo al temor, sino que recibisteis un Espíritu que os hace hijos adoptivos, en virtud del cual clamamos ¡Abba! ¡Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom 8,14-16). «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros co-

4. R. Schnackenburg, *El concepto joánico de verdad*, en *El Evangelio según san Juan II*, Barcelona 1980, 264-280.

5. E. Käsemann, *Der Ruf der Freiheit*, Tubinga ⁵1972; versión castellana: *La llamada de la libertad*, Sígueme, Salamanca 1974.

razones por medio del Espíritu Santo que nos dio» (Rom 5,5). El cristiano es el templo del Espíritu Santo (1Cor 6,19). Habéis sido sellados con el Espíritu de la promesa. Dios ha enviado al Espíritu de su Hijo a nuestro corazón (Gál 4,6); de lo cual se deriva la exhortación: «No disgustéis al Espíritu de Dios» (Ef 4,30). De otro lado: No tengáis miedo cuando seáis conducidos ante los reyes y gobernadores, «pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros» (Mt 10,20).

El Espíritu representa, pues, la *definición interna del cristiano*, entendiendo esa definición interna como fuente y origen de la actualización de la fe y de la vida.

Los efectos del Espíritu para la vida de una *comunidad* los ha descrito Pablo en su carta primera a los Corintios. No era aquella ciertamente una «comunidad ideal»; más bien estaba desgarrada por las disputas y banderías. Pues ante sus ojos pone el Apóstol la imagen de la unidad, una unidad viva por los dones del Espíritu, por los carismas: «Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de operaciones, pero Dios es el mismo, el que los produce todos en todos. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así, a uno se le da, mediante el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, según el mismo Espíritu, palabra de conocimiento. A éste se le da, en el mismo Espíritu, fe; y a aquél, en el único Espíritu, dones de curación. A otro, poder de hacer milagros; a otro, el hablar en nombre de Dios; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, el interpretarlas. Todos estos dones los produce el mismo y único Espíritu, que los distribuye a cada uno en particular, según le place» (1Cor 12,4-11).

Esta descripción no es un retrato de la comunidad de Corinto como era de hecho, sino como tenía que llegar a ser. Algo parecido dice Pablo en la carta a los Romanos a propósito de la comunidad: «Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero ninguno de éstos tiene idéntica función, así nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo; pero, por lo que a cada uno respecta, los unos somos miembros de los otros. Y teniendo como tenemos dones que difieren según la gracia que nos ha sido otorgada, si uno tiene el don de hablar en nombre de Dios, ejercítelo de acuerdo con la fe; si el de servir, que sirva; si el de enseñar, que enseñe; si el de exhortar, que exhorte...» (Rom 12,4-8).

De todo ello se deriva otro criterio para el discernimiento de los espíritus: la buena disposición para la *edificación de la comunidad* mediante el servicio a sus miembros, mediante el reconocimiento de los dones del Espíritu y sabiendo la referencia del uno al otro. Como Cristo, también el Espíritu es un fundamento de la unidad de los que

creen en Cristo: «Esforzaos en guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz: *un solo* cuerpo y *un solo* Espíritu, como también fuisteis llamados a *una sola* esperanza de vuestra vocación; *un solo* Señor, *una sola* fe, *un solo* bautismo; *un solo* Dios y Padre de todos, el que está sobre todos, mediante todos actúa y está en todos» (Ef 4,3-5).

En la situación creada por la resurrección de Jesús, por las palabras y encargos del Resucitado y por el envío de Espíritu ha llegado todo al cumplimiento, todo lo que en forma de tal cumplimiento pertenece a la revelación en el sentido del aquí y el ahora. También se ha cumplido lo que pertenece a la comunidad de quienes creen y cuya fe se define por la revelación como cumplimiento, es decir, lo que respecta a la Iglesia. Por ello resulta una definición correcta la que ofrece Hans Küng, cuando divide su libro sobre la Iglesia en: la Iglesia como nuevo pueblo de Dios - la Iglesia como cuerpo de Cristo - la Iglesia como creación del Espíritu.

Pero a través de todo ello se dice también que la Iglesia no se identifica con aquel al que está referida y en el que se funda; que, además, no puede disponer de él, sino que Dios, en Cristo y en el Espíritu Santo, es el interlocutor permanente de la orientación, la crítica, la conversión y la renovación de la Iglesia. De lo cual se sigue también que la existencia y el cometido de la Iglesia consisten en mantener siempre abierta la transparencia a su fundamento e interlocutor.

Visto así, tiene un buen fundamento teológico la conexión que el Símbolo apostólico de la fe establece claramente entre Iglesia y Espíritu Santo: Yo creo en la Iglesia como obra del Espíritu Santo en el que creo. Existen notables estudios teológicos, que presentan la realidad general de la Iglesia de un modo pneumatológico y que la entienden como obra del Espíritu. Así, entre otros: J.A. Möhler, *Die Einheit der Kirche*; H. Mühlen, *Una mystica persona*. La Iglesia como el misterio de la identidad histórico-salvífica del Espíritu en Cristo y en los cristianos, es objeto del trabajo de J. Moltmann, *Kirche in der Kraft des Geistes*.

La vinculación de la Iglesia al Espíritu Santo la presenta con estas palabras el concilio Vaticano II, en la constitución dogmática sobre la Iglesia: «Consumada, pues, la obra, que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que indefinidamente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen pudieran acercarse por Cristo al Padre en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). Él es el Espíritu de la vida, o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14; 7,38-39), por quien vivifica el Padre a los hombres muertos por el pecado, hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales (cf. Rom 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (cf. 1Cor 3,16; 6,19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (cf. Gál 4,6; Rom 8,15-16

y 26). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf. Ef 4,11-12; 1Cor 12,4; Gál 5,22), a la que guía hacia toda verdad (cf. Jn 16,13) y unifica su comunión y misterio. Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo; pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (cf. Ap 22,17).

»Así se manifiesta toda la Iglesia como «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»⁶.»

Los signos del Espíritu hoy

Creer y entender la Iglesia como obra del Espíritu Santo significa pensar en su vitalidad, significa preservarla de la estrechez y endurecimiento, del miedo y pusilanimidad, y preservarla asimismo de su desmembramiento y falta de orientación. Significa además que la renovación de la Iglesia es tarea permanente, que se da por la fuerza del Espíritu Santo que vivifica a la comunidad de los creyentes en Jesús.

Creer y entender la Iglesia como obra del Espíritu significa abrir campo en ella a lo nuevo, lo inesperado, al futuro, según la exhortación: «No apaguéis el Espíritu» (1Tes 5,19). Y significa asimismo reconocer que el Espíritu de Dios sopla cuando, donde y como quiere, que no se le puede encerrar ni ordenar, que no se le puede manipular ni reglamentar.

Signo de la acción del Espíritu en la Iglesia son los profetas que viven en la misma, los carismáticos y a menudo también los críticos incómodos, que entienden la crítica como un compromiso creyente, que introducen un giro y una novedad y que actúan dominando la historia.

Signo de la acción del Espíritu son los santos de todos los siglos y su heroica vida de fe, entrega, amor e imitación de Cristo.

La acción del Espíritu también hoy podemos reconocerla de un modo notable e inesperado en medio de la ola de secularización, de salidas de la Iglesia o de una resignación intraeclesial⁷. Basta nombrar, por ejemplo, a Taizé como lugar de irradiación religiosa para la juventud, y especialmente para la juventud cristiana; lo que constituye un peculiar signo de esperanza.

Es precisamente lo religioso genuino, lo específico cristiano y «espiritual» lo que constituye la fascinación de Taizé: la liturgia, la eucaristía, el silencio, la contemplación, el canto en diversas lenguas y una sola melodía, la comunión, la aceptación mutua, que crece sin propo-

6. *Lumen gentium*, N.º 4.

7. Cf. H. Fries, *Aufbruch des religiösen Geistes*, en *Glaube und Kirche im ausgehenden 20. Jahrhundert*, Munich 1979, 30-45.

nérselo como el grano de semilla de la parábola de Jesús. Que todo ello no es un producto transitorio lo demuestra el hecho de que los jóvenes convierten el espíritu de Taizé en forma de su propia vida, y en que intentan ganar a otras personas para los mismos objetivos. Pero lo religioso y lo espiritual de Taizé no sirven sólo para la propia edificación. Taizé combina, como dice un pasaje del escrito de Roger Schutz, «meditación y compromiso», meditación y lucha, y ciertamente que una lucha contra todas las formas del mal, a fin de que «el hombre ya no sea víctima del hombre», como reza el programa del concilio de la juventud.

La otra inspiración es el compromiso ecuménico de los Hermanos de Taizé y, a través de ellos, de cuantos allí acuden. Está contenido en esta frase de la Regla: «No te resignes nunca al escándalo de la separación de los cristianos. ¡Mantén la pasión por la unidad del cuerpo de Cristo!» Que el compromiso ecuménico sea un signo de la acción del Espíritu de Dios lo ha dicho expresamente el concilio Vaticano II.

Algo parecido se echa de ver en el movimiento de los *Focolarini*, que se ha difundido por todo el mundo como un movimiento laico. También ahí puede advertirse una irrupción del verdadero espíritu cristiano, sobre todo en la disposición para aceptar al prójimo sin condiciones en el Espíritu de Jesús y para llevar la «revolución del amor» a todos los países. Es un movimiento que tal vez no tiene tanta publicidad como Taizé; pero el compromiso vivo en sus numerosas células es un lenguaje eficaz a la vez que un signo de gran esperanza: en muchos lugares del mundo se enciende la chispa, el hogar de los Focolarini. En conexión con esto —y como otro signo— hay que mencionar la comunidad de los *Hermanitos y Hermanitas*, que en el espíritu de Charles de Foucauld y mediante una vida de pobreza y simplicidad, de presencia generosa y una existencia en favor de los demás dan testimonio del Espíritu insobornable de Jesús.

Y como por su propio peso irrumpe aquí otro signo muy notable. Es el *movimiento carismático* dentro de las Iglesias cristianas, que se ha propuesto la renovación⁸. Aunque no es nada fácil hacerse una imagen de tales movimientos, sí podemos decir que en ellos vive un elemento cristiano primitivo, una experiencia del Espíritu, que se manifiesta en sus dones y frutos: en los dones de alegría, espontaneidad, oración y espiritualidad, así como en la curación y en el hablar en lenguas.

El cardenal Suenens⁹ se convirtió en promotor especial de esos mo-

8. Cf. H. Mühlen, *Die Erneuerung des christlichen Glaubens. Charisma - Geist - Befreiung*, Maguncia 1974; *Einübung in die christliche Grunderfahrung*, Maguncia 1978.

9. J.L. Cardenal Suenens, *Hoffen im Geist*, Salzburgo 1979; *Gemeinschaft im Geist. Charismatische Erneuerung und ökumenische Bewegung*, Salzburgo 1979; versión castellana: *Ecumenismo y renovación carismática*, Editorial Roma, Barcelona 1979.

vimientos carismáticos, viendo en ellos una de las grandes esperanzas para la Iglesia del futuro. Y con él lo hacen muchos teólogos, que con ello esperan soluciones de cara a los cometidos de la Iglesia y del ecumenismo allí donde los esfuerzos realizados hasta ahora no tienen continuación.

El papa Pablo VI señaló la renovación carismática como una oportunidad para la Iglesia y para ello señaló las tareas anejas a la misma: no apagar el Espíritu, de una parte, y, de la otra, ejercitar el discernimiento de los espíritus.

Mayor que el escepticismo frente a varias manifestaciones, como el éxtasis y el hablar en lenguas, por ejemplo, debería ser el gozo por ese tipo de movimiento. Si la calidad de un árbol ha de conocerse por sus frutos, los frutos de este movimiento hablan por sí solos. Son un signo de la fuerza y seguridad frente a las numerosas voces de preocupación, tristeza, lamento y resignación y pesimismo, voces que de nada sirven y a nada llegan.

En tales signos y fenómenos, como expresión de una *irrupción del espíritu religioso y cristiano*, se hace patente que el lugar de esa irrupción puede estar en todas partes. «El Espíritu sopla donde quiere.» Lo cual significa que el lugar de la irrupción religiosa puede estar en quien ejerce un ministerio eclesiástico, en una figura por ejemplo como la de Juan XXIII. Pero ello no debe interpretarse en el sentido de que ministerio y espíritu se correspondan adecuadamente, ni que el Espíritu de Dios no tenga posibilidad alguna de hacerse presente fuera del ministerio, de la institución.

Los fenómenos antes mencionados demuestran que la irrupción del espíritu religioso ocurre muy especialmente «desde abajo»: en los individuos, los grupos, las comunidades, en la «base». Esa irrupción surge espontánea, viva y a veces excesiva y desorganizada. Pero eso es propio de todos los movimientos en su primera hora. Ciertamente existe un peligro constante de exaltación. Ya ocurrió así en la comunidad de Corinto.

Mas no hay que recurrir de inmediato al calificativo de «exaltado» para apagar todas las chispas hasta del fuego más insignificante y pensar sólo en el orden y en el reglamento. Dice Pablo que Dios no es un dios de desorden, sino «un Dios de paz» —y no de orden, como cabría esperar— (1Cor 14,33). A nosotros que estamos habituados a meditar en la situación de la Iglesia sobre todo en Europa, nos viene bien echar una mirada a *la Iglesia universal*, como se da en África o en Sudamérica, por ejemplo. En su libro *Wo der Glaube lebt* Walbert Buhlmann intenta dar unas panorámicas sobre la Iglesia universal y para ello aporta la experiencia de toda una vida y que abarca el mundo, una experiencia de plena seguridad. He aquí las palabras con que cierra su libro: «Quiero

esperar que la sincronización providencial con los acontecimientos del mundo sople a través de la Iglesia una nueva tempestad pentecostal y que la Iglesia nunca ha tenido un reto más fuerte ni una oportunidad mayor de llegar a ser la Iglesia del mundo, como los tiene hoy»¹⁰.

10. *Einblicke in die Lage der Weltkirche*, Friburgo-Basilea-Viena 1974; 313; Id., *Weltkirche, Neue Dimensionen. Model für das Jahr 2001*, Graz-Viena-Colonia 1984.